

Un poco de imaginación

La cueva de Hércules

*Crónica de la Expedición de Silíceo,
narrada por Cristóbal Lozano.*

El Capellán Cristóbal Lozano (sacerdote y escritor, 1609 - 1667) escribió esta Crónica de La Expedición del Cardenal Martínez Silíceo a la Cueva de Hércules, en el año 1671, 125 años después de acontecido lo narrado. Veamos brevemente quién era, en su biografía:

Cristóbal Lozano y Sánchez nació en Hellín, provincia de Albacete, el 26 de diciembre de 1609 y murió en Toledo el 3 de octubre de 1667. Estudió en Alcalá de Henares y viajó mucho por toda España. Tras ordenarse sacerdote, residió en Valencia y fue párroco de Lagartera, provincia de Toledo, y desempeñó diversos cargos eclesiásticos en Valencia, Hellín y Murcia: cura ecónomo, vicario y el de comisario de la Santa Cruzada de la villa de Hellín y su partido, procurador Fiscal del Obispado de Murcia, y en Toledo fue Capellán Regente de la Capilla de los Reyes Nuevos, donde había algunos monarcas enterrados, hasta su muerte. Como escritor, aparte de sus muchas poesías líricas, intercaladas en las obras en prosa, tiene narraciones de carácter histórico, religioso y legendario. Lozano influyó en varios escritores románticos, como Zorrilla y Espronceda.

Se ha acostumbrado a etiquetar alegremente la crónica de Lozano sobre la Expedición de Silíceo como una simple leyenda toledana. Sin embargo, éste no es un documento descartable ni anecdótico. No está escrito por un cualquiera, sino que está redactado por un miembro, culto, bien formado e informado, de la propia Iglesia Católica de Toledo. Alguien que no osaría lanzar atribuciones en falso hacia un anterior respetable de su Iglesia, pues no se refiere al organizador de la Expedición como alguien anónimo, sino a su venerado Cardenal Silíceo. Y junto con los nombres y apellidos reales de su protagonista, da también lugares y fechas reales, que tampoco imaginarias ni poéticas.

Por otro lado, se suele alegar también como contrariedad en cuanto a la fiabilidad documental, que la Expedición de Silíceo acontece en 1546 y Lozano lo recoge en 1671. Pero 125 años en Toledo es poco tiempo. Es todavía, en el año 2006, y cuando nos internamos por las calzadas adoquinadas que bajan hacia la Catedral, nos sigue pareciendo que nos hemos sumergido de lleno en la Edad Media y que el tiempo se ha parado.

LA EXPEDICIÓN DEL CARDENAL SILÍCEO. CRÓNICA DEL CAPELLÁN CRISTOBAL LOZANO.



"Con las grandes noticias que le daban de esta cueva, quiso examinar, y ver lo que en ella había. No sería, claro está, con el pretexto que la mandó abrir el Rey Rodrigo, para desperdicial, o achocal; si había algún tesoro; si bien, si para atesorarle como hacía los suyos en los pechos de los pobres, aunque su principal intento sería para desengañar al vulgo, y quitar con la verdad tantas hablillas, y cosas como decían, y contaban de esta Cueva.

Hizo, pues, limpiar la puerta, que

como dexamos dicho, hoy está calafeteada, y cerrada en la Iglesia de San Ginés; y buscando, y priviniendo los hombres de más animo, y los que braveaban de ossados, y valientes, mandó que les diessen zurriones de comida, que llevassen linternas, hachas, cordeles, y otros instrumentos para poder encender, en caso de que las luces les faltaran.

Entraron, pues, estos bravos, y a cosa de media legua (que yo digo seria milla, pues claro esta que el miedo hace las leguas mas largas) toparon con unas estatuas de bronce, puestas sobre una mesa como altar, y reparando en mirar una de ellas, que sobre su pedestal estaba severa, y grave, se cayó, é hizo un notable ruido, causando a los exploradores grande miedo; quiza no habia mas de esta, y el miedo se las hizo muchas, como acontece, y seria lo que topo el Rey Rodrigo con la maza de armas.

Aunque ya bien medrosos, passaron adelante, hasta dar con un gran golpe de agua, que con el ruido que hacia su arrebatada corriente, los acabó de llenar de miedo hasta los ojos. Repárese, si vienen bien las señas con la otra cueva encantada, la estatua, caerse, ó hacer ruido, y el brazal del agua.

En fin, ya turbados, y perdidos de temor los tales aventureros, se resolvieron en no dar mas passo adelante, sino bolverse a salir:

Salieron, pues, al tiempo de anochecer, tan atemorizados, tan despavoridos, tan con caras de difuntos, que los que los aguardaban, y juzgaban saldrían ricos, y, medrados, participaron también de su espanto, y confusión. Salieron demás del miedo, tan traspasados, y murieron muchos de ellos.

Havrá que sucedió esto ciento y veinte y cinco años, pues fue el de mil quinientos y quarenta y seis. Quiza movido de esta desgracia mandó el buen Arzobispo cerrar, y lodar la cueva".



